

La filosofía, que antes no se apoyaba más que en el cielo, se contrae á las causas segundas y desaparece; la religión, sonrojándose, vela su sagrado fuego, y la moralidad insensiblemente expira; la virtud pública, la virtud privada no se atreven ya á proyectar llamas; no hay ya chispa humana; no hay ya relámpago divino. ¡Oh Caos!, tu funesto imperio torna; la luz muere ante tu palabra mortal; tu mano, gran Anarca, deja caer la cortina, y la oscuridad universal sepulta el mundo.» Estruendo final, címbalos, trombones y fuegos artificiales. En cuanto á mí, de esa ópera célebre no saco más que el recuerdo de una algarabía. Involuntariamente, he contado las luminarias, conozco las máquinas, he tocado la laboriosa tramoya de las apariciones y de las alegorías. Dejo á un lado al maquinista, al empresario de efectos literarios, y voy á buscar al poeta en otra parte.

IV

Porque hay un poeta en Pope, y, para descubrirle, basta leerle á trozos; si el conjunto hastía y choca por lo común, el pormenor es admirable. Así acaece al término de todas las edades literarias. Plinio el Joven y Séneca, tan afectados, tienen detalles deliciosos; cada una de sus frases aisladamente es una obra maestra; una obra maestra es cada verso de Pope aisladamente. En este instante, y después de cien años de cultura, no hay ningún movimiento, ningún objeto, ninguna acción, que no se sepa describir. Se anota cada aspecto de la naturaleza: una salida de sol, un paisaje invertido en el agua, una ráfaga de viento en-

tre las hojas, y así sucesivamente; pídase á Pope que pinte en verso una anguila, una perca ó una trucha; tiene á mano la frase perfecta; sacaría de él materia para llenar un *Gradus*. Tiene un toque tan justo, que desde el primer momento creeríamos ver las cosas; tiene una expresión tan abundante, que hasta una imaginación obtusa acabará por verlas. Pinta el faisán, y nos le muestra con sus lustrosos y cambiantes colores, su cresta de púrpura, sus ojos orillados de escarlata, el verde tan vivo que despliega su brillante plumaje, sus pintadas alas, su pecho donde fulgura el oro. Tiene la más rica provisión de palabras para describir los silfos que revolotean en torno de su heroína, «luminosos escuadrones cuyos aéreos cuchicheos parecen el susurro de los céfiros, y que, abriendo al sol sus alas de insectos, bogan sobre la brisa ó se sumergen en nubes de oro; formas transparentes cuya finura se sustrae á la vista de los mortales, cuerpos fluidos medio disueltos en la luz, vestiduras etéreas que flotan á merced del viento, ligeros tejidos, velos centelleantes, formados de los hilos del rocío, teñidos de las más ricas tintas del cielo, y donde forma la luz los más variados juegos de matices, donde cada rayo proyecta colores pasajeros, colores que cambian á cada movimiento de sus alas». Claro es que no son esos los silfos de Shakespeare; pero, al lado de una rosa natural y viva, todavía puede verse con placer una flor de diamantes, como las que salen de manos del joyero, obra magistral de arte y de paciencia, cuyas facetas reflejan cambiantes luces y proyectan una lluvia de chispas sobre el follaje de filigrana que las sostiene. Veinte veces nos detenemos en un poema de Pope para mirar con asombro alguno de esos adornos literarios. Conoce tanto su talento que abusa de él; se

complace en los alardes de habilidad. ¿Qué más prosaico que un juego de naipes, y qué más rebelde á la poesía que el caballo de espadas ó el rey de oros? y, sin embargo, por apuesta sin duda, ha contado en el *Rizo* una partida de hombre; el lector la sigue, la oye, reconoce los trajes, los cuatro reyes, majestadas reverenciadas, con sus blancas barbas partidas, los cuatro apuestos caballeros con una flor en la mano, emblema expresivo de su amable poder, las cuatro sotas, tropa fiel, con su gorra á la cabeza y su alabarda en la mano, y luego los cuatro ejércitos vistosos ordenados en batalla sobre la llanura de terciopelo verde. Se ven los triunfos, los cortes, las bazas, y á poco el café, la porcelana, las cucharas, el espíritu de fuego (léase alcohol): son ya los procedimientos y las perífrasis de Delille. Se sabe que los célebres versos en que Delille practica y pinta á la vez la armonía imitativa son traducidos de Pope. Es poesía expirante, pero es aún poesía; una joya de consola es una obra de arte inferior, pero obra de arte, sin embargo.

Al talento descriptivo une Pope el talento oratorio. Ese arte, característico de la edad clásica, es el arte de expresar las ideas generales medias. Durante cincuenta años, los hombres de Francia é Inglaterra, han empleado en él todo su estudio. Han discernido esas verdades universales y limitadas que, hallándose comprendidas entre las altas abstracciones filosóficas y los pequeños detalles sensibles, son la materia de la elocuencia y de la retórica, y forman lo que llamamos hoy los lugares comunes. Las han clasificado en compartimentos; las han desenvuelto con método; las han hecho sensibles merced á agrupaciones y simetrías; las han ordenado en procesiones regulares que, digna, magistralmente, marchan discipli-

nadas y en cuerpo. El ascendiente de esa razón oratoria ha llegado á ser tan grande, que se ha impuesto á la misma poesía. Buffón acaba por decir, para elogiar versos, que son tan bellos como bella prosa. Efectivamente: la poesía, á la sazón, viene á ser una prosa más estudiada que se somete á la rima. No es sino una especie de conversación superior y de discurso más selecto. Resulta impotente cuando hay que pintar ó poner en escena una acción, cuando se trata de ver y de hacer ver pasiones vivas, grandes emociones verdaderas, hombres de carne y hueso; no produce más que epopeyas de colegio como la *Enriada*, odas y tragedias frías como las de Voltaire y de Juan Bautista Rousseau, como las de Addison, de Thomson, de Johnson. Las compone de disertaciones, porque no es ya capaz más que de disertaciones. Tal es el dominio donde reina en adelante, y su obra final es el poema didáctico, que es una disertación puesta en verso. Aquí triunfa Pope, y los más perfectos de sus poemas son los que se componen de preceptos y de razonamientos. El artificio no desdice tanto en estas obras como en otras; un poema—me engaño—un tratado como el suyo sobre la crítica, sobre el hombre y el gobierno de la Providencia, sobre el resorte primero del carácter de los hombres, tiene el derecho de ser escrito con reflexión: es un estudio y casi un trozo de ciencia; se puede y aun se debe pesar todas sus palabras; el arte y la atención no son allí cosas superfluas, sino necesarias; se trata de preceptos exactos y de razonamientos precisos. En eso Pope es incomparable. No creo que haya en el mundo una prosa versificada igual á la suya; la de Boileau no se le acerca. No es que las ideas sean allí muy dignas de atención; nosotros las hemos gustado y no nos interesan. El *Ensayo sobre la*

crítica se parece á las *Epístolas* y al *Arte poética* de Boileau, obras excelentes que no se leen ya más que en las clases. Es una colección de preceptos muy sensatos, cuyo único defecto es ser demasiado verdaderos. Decir que el buen gusto es cosa rara; que es menester reflexionar é instruirse antes de decidir; que las reglas del arte se sacan de la naturaleza; que el orgullo, la ignorancia, la preocupación, la parcialidad y la envidia pervierten nuestro juicio; que el crítico debe ser sincero, modesto, cortés, benévolo, todas esas verdades podían descubrirse entonces, hoy no. Yo supongo que en tiempo de Pope, de Dryden y Boileau, los hombres necesitaban ante todo poner en orden sus ideas y verlas muy claras en frases muy precisas. Hoy que esa necesidad está satisfecha, ha desaparecido; lo que se pide son ideas y no ordenaciones de ideas; el casillero está fabricado; llenad las casillas.

Pope se esforzó en llenarlas una vez, en el *Ensayo sobre el hombre*, que es una especie de *Vicario saboyano*, menos original que el otro. Nos dice que Dios lo ha dispuesto todo admirablemente, que el hombre es limitado y no debe juzgar á Dios, que nuestras pasiones y nuestras imperfecciones sirven al bien general y á los designios de la Providencia, que la felicidad reside en la virtud y en la sumisión á las voluntades divinas. Se reconoce aquí una especie de deísmo y optimismo, como los que entonces abundaban, tomados, como los de Rousseau, de la teodicea de Leibniz, pero templados, atenuados y arreglados para uso de la gente juiciosa. La concepción no es muy elevada: ese Dios raso, que hace su aparición á principios del siglo XVII, no es sino un residuo que, al extinguirse la religión, ha quedado en el fondo del crisol; y los razonadores del tiempo, careciendo de invención meta-

física, le han conservado en su sistema para llenar un vacío. En ese estado y en ese punto se asemeja al verso clásico. Aparenta, se comprende sin dificultad, está desprovisto de eficacia, es obra de la fría razón discursiva, y deja muy tranquilas á las gentes que se ocupan de él; por todos esos títulos es pariente del alejandrino. Esa pobre concepción es tanto más pobre en Pope cuanto que no le pertenece: porque él no es filósofo más que de ocasión y para buscar asuntos de poema. Tres ó cuatro sistemas, deformados y empujados, se amalgaman en su obra. El se alaba «de haberlos templado» unos mediante otros, y de haber «navegado contra los extremos». La verdad es que no los ha entendido, y que mezcla á cada paso ideas dispares. Pasaje hay en que, por obtener un efecto de estilo, se hace panteísta; por remate, se crece y toma el tono arrogante, imperativo, de un joven doctor. Yo no encuentro invención personal más que en sus epístolas sobre los *caracteres*. Hay en ellas una teoría de la pasión dominante que vale la pena de ser leída; en último resultado, ha ido bastante lejos, más lejos que Boileau, v. gr., en el conocimiento del hombre. La psicología es indígena en Inglaterra, la encontramos allí en todas partes, aun en los espíritus menos creadores. Suscita la novela, desposee á la filosofía, produce el ensayo, penetra en los periódicos, llena la literatura corriente, como esas plantas racionales que pululan en todos los terrenos.

Pero si las ideas son medianas, el arte de expresarlas es verdaderamente maravilloso; maravilloso: esa es la palabra. «Yo he empleado los versos (dice) mejor que la prosa, porque me parecía que podía expresar las ideas más brevemente en verso que en prosa.» En efecto; aquí no huelga una palabra; hay que

leer despacio cada pasaje; cada epíteto es un resumen; jamás se ha escrito en un estilo más ceñido; y, por otra parte, jamás se ha trabajado más hábilmente para hacer entrar las fórmulas filosóficas en la corriente de la conversación mundana. Sus preceptos han pasado á ser proverbios. Abro á la ventura, y caigo sobre el principio del segundo libro:

*«Know then thyself, presume not God to scan.
The proper study of mankind is man.»*

.....»

un orador, un escritor de la escuela de Buffón se extasiaría al ver acumulados en un espacio tan reducido tantos tesoros literarios. No pueden apreciarse sin leer el original. El primer verso resume todo el libro precedente, y el segundo resume todo el libro presente; es una especie de escalera que conduce de un templo á otro, compuesta regularmente de peldaños simétricos y tan hábilmente colocados, que desde el primero se abarca de una ojeada todo el edificio de donde se sale, y desde el segundo se abarca de una ojeada todo el edificio que se va á visitar. ¿Se vió nunca una entrada más bella y más conforme á las reglas que prescriben enlazar las ideas, recordarlas cuando se han desenvuelto ya, anunciarlas cuando no se han desenvuelto aún? Pero no es bastante. Después de ese corto anuncio que advierte que se va á tratar de la naturaleza humana, se necesita un anuncio más largo y que pinte anticipadamente con el mayor brillo posible esa naturaleza humana de que se va á tratar. Es propiamente el exordio oratorio, semejante á los que pone Bossuet al principio de sus oraciones fúnebres, especie de pórtico lujoso que recibe á los oyentes al entrar y los prepara para las magnificencias del templo. Dos á dos sucedense las antítesis como hileras

de columnas, en número de trece pares. En otras manos esa prolongación de la misma figura llegaría á ser pesada; en Pope interesa: tal variedad existe en la disposición y en los adornos. Unas veces la antítesis se encierra en un solo verso, otras veces ocupa dos; ya está en los sustantivos, ya en los adjetivos y en los verbos; ora no existe más que en las ideas, ora se extiende hasta el sonido y la posición de las palabras. Aunque la veamos reaparecer, no nos cansa, porque siempre añade algo á nuestra idea, y nos presenta el objeto bajo un nuevo aspecto. Y aunque ese objeto mismo sea abstracto, oscuro, desagradable, contrario á la poesía, el estilo difunde sobre él su luz; nobles imágenes, tomadas de los espectáculos sencillos y grandiosos de la naturaleza, vienen á iluminarle y decorarle. Es que hay una arquitectura clásica para las ideas como para las piedras, amiga, como la otra, de la claridad y de la regularidad, de la majestad y de la calma; como la otra, ha sido inventada en Grecia, transmitida por Roma á Francia, por Francia á Inglaterra, y un poco alterada al paso. De todos los maestros que la han practicado en Inglaterra, Pope es el más perito.

Después de todo, ¿hay otra cosa aquí que una decoración? Véanse esos versos tan bellos traducidos en prosa; por más que yo traduzca exactamente, de todas esas bellezas no queda casi nada:

«Conócete á ti mismo y no te atrevas á escrutar á Dios.—El verdadero estudio de la humanidad es el hombre.—Colocado en ese istmo de su condición media,—sabio con obscuridades, grande con imperfecciones,—con demasiados conocimientos para caer en la duda del escéptico,—con demasiada flaqueza para elevarse hasta el orgullo del estoico,—se halla suspenso

entre los dos, no sabiendo si debe obrar ó permanecer quieto,—si debe estimarse un dios ó una bestia,—si debe preferir su espíritu ó su cuerpo,—no naciendo más que para morir, no razonando más que para extraviarse,—permaneciendo siempre en la ignorancia,—lo mismo cuando piensa mucho que cuando apenas piensa;—caos confuso de pensamiento y de pasión,—víctima de perpetuas ilusiones y desilusiones,—creado á medias para elevarse, á medias para caer;—soberano, señor y presa de todas las cosas;—único juez de la verdad precipitado en el error infinito;—gloria, juguete y enigma del mundo.»

El lector no se impresiona mucho, ni yo tampoco; piensa aquí involuntariamente en el libro de Pascal, y mide la asombrosa diferencia que existe entre un versificador y un hombre. Buen resumen, trozo excelente, bien trabajado, bien escrito: he ahí lo que uno se dice, y nada más; evidentemente la belleza de los versos dimanaba de la dificultad vencida, de la selección de los sonidos, de la simetría de los ritmos; eso era todo, y apenas era otra cosa. Un gran escritor es un hombre que teniendo pasiones sabe el diccionario y la gramática; éste sabe á fondo el diccionario y la gramática, pero no pasa de ahí.

Se dirá que este mérito es pobre, y que yo no inspiro deseos de leer los versos de Pope. Es verdad: por lo menos, no aconsejo que se lean muchos. Podría añadir, á manera de excusa, que hay un género en que se distingue, que su talento descriptivo y su talento oratorio encuentran en los retratos la materia que les conviene, que en eso se acerca á menudo á La Bruyère; que varios de sus retratos, como los de Addison, de Sporus, de lord Wharton, de la duquesa de Marlborough, son medallas dignas de entrar en el ga-

binete de todos los aficionados y de permanecer en los archivos del género humano; que, cuando esculpe una de esas figuras, las imágenes abreviativas, las alianzas de palabras inesperadas, los contrastes sostenidos, multiplicados, la perpetua y extraordinaria concisión, la incesante y creciente elocuencia, graban en la memoria una impresión que no se olvida. Pero vale más renunciar á estas apologías parciales, y confesar francamente que, en último resultado, ese gran poeta, gloria de su siglo, es enojoso; es enojoso para el nuestro. «Una mujer de cuarenta años (dice Stendhal) no es guapa más que para los que la amaron en su juventud.» La pobre musa de que se trata no tiene cuarenta años para nosotros; tiene ciento cuarenta. Cuando queramos juzgarla equitativamente, acordémonos de los tiempos en que hacíamos versos franceses que se parecían á nuestros versos latinos. El gusto se ha transformado desde hace un siglo; es que el espíritu humano ha hecho una evolución; con el punto de vista ha cambiado la perspectiva, y hay que tener en cuenta esa mudanza. Hoy pedimos ideas nuevas y sentimientos desnudos. No nos preocupamos ya del vestido, queremos la cosa, exordios, transiciones, primores de estilo, elegancias de expresión, todo el guardarropa literario se va á la prendería; no conservamos más que lo indispensable; no es ya el adorno lo que nos preocupa, sino la verdad. Los hombres del otro siglo eran completamente otros. Se vió bien el día en que Pope tradujo la *Iliada*: era la *Iliada* escrita en el estilo de la *Enriada*; á causa de ese disfraz la admiró el público. No la hubiese admirado con el sencillo ropaje griego; no consentía en verla más que con polvos y cintas. Era el traje del tiempo y había que vestirla. «La demanda de elegancias (dice el buen Sa-

muel Johnson en su estilo comercial y académico) había crecido tanto, que no podía soportarse ya la pura naturaleza.» La buena sociedad y las letras constituían un pequeño mundo aparte, que se había formado y refinado con arreglo á las costumbres y á las ideas de Francia. Habían adquirido el estilo correcto y noble al par que el buen tono y los modales distinguidos. Estaban tan pagados de ese estilo como de su manera de vestir: era asunto de decoro ó de etiqueta; había un patrón aceptado, inmutable; no se podía cambiar sin inconveniencia ó ridiculez; escribir sin sujeción á la regla, sobre todo en verso, con efusión y naturalidad, hubiese sido como presentarse en un salón en bata y zapatillas. Su placer, al leer versos, era comprobar si se ajustaban al patrón éxactamente; la invención no era lícita más que en los pormenores; se podía poner aquí un encaje, allí un galón; pero era imprescindible conservar escrupulosamente la forma oficial, cepillarlo todo minuciosamente, y no presentarse nunca sino con dorados nuevos y paño lustroso. La atención no se fijaba más que en los refinamientos; un bordado más trabajado, un terciopelo más brillante, una pluma colocada más airosamente, á eso se reducían las audacias y las tentativas; la menor incorrección, la disonancia más ligera hubiese ofendido la vista; se perfeccionaba lo infinitamente pequeño. Las letras hacían lo que esas coquetas para quienes las soberbias diosas de Miguel Angel y de Rubens no son más que rústicas, pero que lanzan un grito de placer á la vista de una cinta á veinte francos la vara. Un corte de verso, una metáfora los embelesaba, y era todo lo que podía embelesarlos aún. Así iban, de día en día, bordando, engalanando, ajustando la brillante vestidura clásica, hasta que, al fin, el espíritu huma-

no, sintiéndose oprimido, la desgarró, la tiró y emprendió á correr. Ahora que está en el suelo, los críticos la recogen, la cuelgan á la vista de todos en su museo de curiosidades antiguas, la sacuden y tratan de conjeturar por ella los sentimientos de los galanos señores y los galanos hablistas que la llevaban.

V

No es todo tener un bello traje, bien cosido y de moda; es menester que uno ande cómodo con ese traje. Cuando se pasa revista á todos los poetas ingleses del siglo XVIII, se ve que no andan cómodos con el traje clásico. Esa casaca dorada, tan bien hecha para un francés, no les sienta á ellos del todo; de vez en cuando, un movimiento demasiado fuerte, descompuerto, la descose por las mangas y por otras partes. He aquí, v. gr., á Mathew Prior. A primera vista parece que posee todas las cualidades requeridas para llevarla bien: ha sido embajador en Francia; escribe lindas improvisaciones francesas; adereza fácilmente poemitas festivos sobre una comida, sobre una dama; es galante, hombre de sociedad, agradable cuentista, epicúreo, hasta escéptico, á la manera de los cortesanos de Carlos II; en resumen: es todo un hombre de mundo en su género, escritor de estilo correcto y fluido, maestro del verso ligero y del verso noble, y que maneja, según Bossu y Boileau, las figurillas mitológicas. Con todo eso, no nos parece ni bastante alegre ni bastante fino. Bolingbroke le llama «cara de palo», testarudo, y dice que tiene algo de holandés. Sus costumbres corren parejas con las de Rochester y de toda

aquella canalla bien vestida que la restauración legó á la revolución. Coge á la primera que encuentra, se encierra con ella durante varios días, bebe de firme, se duerme y la deja huir con su plata y su ropa. Entre otras porcallonas bastante feas, acaba por conservar á Isabel Cox, y estuvo á punto de casarse con ella; felizmente se murió á tiempo. Tales costumbres, tal estilo. Cuando quiere imitar el Hans Carvel de La Fontaine, le alarga y hace pesado; no sabe ser punzante, sino mordaz; sus licencias son de una crudeza cínica; su burla es una sátira, y hay poesía suya, como el consejo á un joven enamorado, en que el latigazo es un garrotazo. Por otra parte, no es un libertino ordinario. De sus dos poemas principales, el uno, sobre Salomón, parafrasea y pone en escena la frase del *Eclesiastés*: «Todo es vanidad.» Por esta circunstancia descubris al punto que estáis en país bíblico: semejante idea no se le hubiese ocurrido entonces á un compañero del regente. Salomón cuenta aquí que ha interrogado en balde á sus sabios, que tan infeliz le ha hecho el amor desairado como el correspondido, que el poder no le ha satisfecho, y acaba por entregarse en manos de Dios. Son tristezas y conclusiones inglesas. Por lo demás, en medio de la retórica y de la factura uniforme de los versos, se siente calor y pasión, se ven ricas pinturas, cierta especie de magnificencia y el rebosar de una imaginación demasiado henchida. La savia en este país es siempre más fuerte que en nosotros; sus sensaciones son más profundas, como sus pensamientos más originales. Su otro poema, muy atrevido y muy filosófico, contra las verdades y las pedanterías corrientes, es una conversación burlesca sobre el asiento del alma, de donde Voltaire tomó muchas ideas y muchas suciedades; el arsenal de los es-

cépticos y de los materialistas estaba construido y lleno en Inglaterra, cuando recurrieron á él los franceses; Voltaire no hizo más que elegir en él, aflar flechas. Nótese aún que todo ese poema está escrito en estilo de prosa con una rudeza de buen sentido y una franqueza médica á que no asustan las más crudas abominaciones (1). En resumen: brutalidad, falta de gusto, pesadez, perspicacia, pasión, hay algo en este hombre que no se compagina con la elegancia clásica: se pasa ó no llega.

Este desacuerdo va á crecer, y ojos atentos descubren pronto, bajo la regular envoltura, una especie de imaginación enérgica y precisa que la romperá. En ese tiempo vivía Gay, especie de La Fontaine, tan próximo á La Fontaine como un inglés puede serlo, que no es mucho, pero, en fin, campechano y amable, muy sincero, muy ingenuo, «singularmente irreflexivo, nacido para ser engañado», y joven hasta el fin de sus días. Swift decía de él que no hubiese debido tener nunca más de veintidós años. «Sencillez de niño (escribía Pope), espíritu de hombre.» Vivía como La Fontaine, á expensas de los grandes, viajaba cuanto podía á costa de ellos, perdía su dinero en las especulaciones del mar del Sur, anhelaba un puesto en la corte, escribía fábulas llenas de humanidad para formar el corazón del duque de Cumberland (2), y acababa por establecerse como parásito mimado, como poeta doméstico, en casa de los duques de Queensbury. Seriedad, muy poca; escrúpulos y circunspección, no más. «Es mi triste sino (decía) no poder conseguir nada de la corte, escriba contra ella ó en favor de

(1) *Alma*, lib. II.(2) Aquel á quien se apodó el *Carnicero*.

ella.» Y mandaba poner en su tumba: «La vida es una burla. Yo ya lo había pensado antes; pero ahora lo sé.» Ese burlón despreocupado fué el que, para vengarse del ministerio, escribió la *Opera de la hampa*, la más feroz y fangosa de las caricaturas: en este tiempo se degüella á la gente por arañarla; los inocentes manejan el cuchillo como los demás. Era, sin embargo, un espíritu risueño, pero á su manera, ó, más bien, á la manera de su país. Viendo á «ciertos jóvenes de una delicadeza insípida», Ambrosio Philips, por ejemplo, que escribía pastorales elegantes y tiernas, al estilo de nuestro Fontenelle, se entretuvo en remedarlos y contradecirlos, compuso *La Semana del pastor* y presentó las costumbres reales en el metro y en la forma de la poesía solemne. «Cortés lector (dice en el prólogo), verás á mis pastoras ocupadas, no en soplar en caramillos, sino en atar las gavillas, en ordeñar las vacas ó en llevar los cerdos á la artesa; mi pastor no duerme bajo mirtos, sino bajo zarzas; no vela diligente para defender á su rebaño de los lobos, porque no los hay.» Figurémonos un pastor de Teócrito ó de Virgilio, á quien se ponen á la fuerza los zapatos de clavos y el atavío de un vaquero del Devonshire; será un ente grotesco que nos divertirá por el contraste de su persona y de sus vestiduras. De igual manera, aquí *La Maga*, *El Combate de los pastores*, toda clase de églogas antiguas se disfrazan á la moderna. Oigase este canto del primer pastor: «Los puerros son caros á los galeses, la manteca á los holandeses—la patata es el manjar del pastor irlandés.—El escocés muele la avena para su festín—los nabos son el alimento de Blouzelind.—Mientras á ella la gusten los nabos, yo despreciaré la manteca—y no concederé valor ni á los puerros, ni á la harina de avena, ni á las patatas.» El

otro pastor responde en el mismo metro, y así va desarrollándose el dúo á la antigua, sólo que ahora entre los nabos, la cerveza fuerte y los puerros cebados, y salpicado con abundancia de las vulgaridades del campo moderno y de los fangos de un clima del Norte. Van Ostade y Teniers gustan de esos idilios triviales y burlescos, y en Gay, como en ellos, no falta la picardía cruda y sensual. Las gentes del Norte, gentes de buen estómago, han sido siempre aficionadas á las kermesses. Los desahogos de los borrachos y de las comadres, la expansión grotesca de la vena popular y animal los ponen de buen humor. Hay que ser verdadero hombre de sociedad ó verdadero artista, francés ó italiano, para mirar esas cosas con disgusto. Son un producto del país, como la carne y la cerveza; para gustarlas, tratemos de olvidar nuestros vinos y nuestros frutos delicados, de formarnos sentidos obtusos, de hacernos en imaginación compatriotas de esos hombres. Nos hemos acostumbrado perfectamente á aquellos zafios beodos que Luis XIV llamaba mascarones, y á otras cosas por el estilo. Acostumbrémonos á Gay, á su poema sobre el arte de andar por las calles de Londres, á sus consejos sobre arroyos sucios y botas recias, á su descripción de los amores de la diosa Cloacina. Es amante de la realidad, tiene una imaginación minuciosa, no ve los objetos en ojeadas generales, sino uno á uno, cada cual con todos sus contornos y circunstancias, sea el que sea, feo ó bonito, limpio ó sucio. Los otros hacen lo que él, aun los clásicos caracterizados, aun el mismo Pope. Descripción hay en Pope, llena de palabras pintorescas y de detalles locales, en que las notas características están grabadas con mano tan libre y tan segura que se tomaría al autor por un realista moderno, y se vería en la obra

un documento de historia (1). En cuanto á Swift, es el más amargo de los positivistas, y más aún en poesía que en prosa. Léase su égloga de Strefon y Cloe, si se quiere saber hasta qué punto se puede rebajar el noble ropaje poético. Le convierten en una rodilla ó visiten con él á gañanes; la toga romana y la clámide griega no sientan á esos hombros de bárbaros. Son como aquellos caballeros de la Edad Media que, habiendo tomado á Constantinopla, se embutieron por broma en largos ropajes bizantinos, y se pusieron á recorrer las calles con esa vestimenta, arrastrando sus bordados por el arroyo.

Harán bien, como los caballeros, en volverse á su casa solariega, al campo, al fango de sus zanjas y al estiércol de sus corrales. Cuanto menos á propósito es el hombre para la vida social, más á propósito es para la vida solitaria. Gusta tanto más del campo cuanto menos gusta de la gente. Los hombres de ese país han sido siempre más feudales y campesinos que nosotros. Bajo Luis XIV y Luis XV, la peor desgracia para un caballero era ir á pudrirse en sus tierras; fuera de las sonrisas del rey y de las amenas conversaciones de Versalles, no había más que bostezar y morir. Aquí, á despecho de la civilización artificial y de las reverencias mundanas, la afición á la caza y á los ejercicios físicos, los intereses políticos y las necesidades de las elecciones llevan á los nobles á sus dominios. En este momento el instinto se despierta. Un hombre apasionado, triste, naturalmente replegado sobre sí mismo, conversa con los objetos; un dilatado cielo gris donde duermen vapores de otoño, un rayo súbito de sol que viene á iluminar una húmeda pradera le

(1) Epístola á miss Blount sobre la vida de campo.

abaten ó le reaniman; las cosas inanimadas le parecen vivas; y la débil claridad, que á la mañana viene á tenir de rojo el borde del cielo, le impresiona tanto como la sonrisa de una joven en su primer baile. Así nace la verdadera poesía descriptiva. Despunta en Dryden, en Pope mismo, hasta en las insulceses de las pastorales remilgadas, y brilla en *Las Estaciones* de Thompson. Este, hijo de un eclesiástico y muy pobre, vivió, como la mayoría de los escritores del tiempo, de gratificaciones y suscripciones literarias, de prebenda y pensiones políticas; no se casó por falta de dinero; hizo tragedias, porque las tragedias eran lucrativas, y acabó por refugiarse en una casa campestre, permaneciendo en la cama hasta el medio día, viviendo como indolente, contemplativo, pero bueno y honrado, cariñoso y querido de los demás. Veía y amaba el campo hasta en sus menores detalles; hacía de él su alegría, su diversión, su ocupación habitual; jardinerero de corazón, se extasiaba al ver acercarse la primavera, y era feliz cuando podía incluir un campo más dentro de su cerca. Pinta todas las pequeñeces, sin reparo; le interesan; se complace en «el olor de la lechería»; le oís hablar de las orugas, y «de la hoja que se abarquilla, envenenada por su mordedura», de las aves que, al sentir venir la lluvia, aceitan su plumaje para que el agua reluciente pueda resbalar por su cuerpo». Siente tan bien los objetos que los hace ver; se reconoce el paisaje inglés, verde y húmedo, medio anegado en móviles vapores, manchado á trechos de nubes violáceas que, precipitándose en aguaceros, enturbian el horizonte, pero donde la luz destila finamente tamizada en la bruma, y cuyo cielo lavado reluce por instantes con incomparable pureza. Allí «el viento del Sur caldea el amplio espacio del aire, y en el

vacío del cielo precipita las nubes distendidas por las lluvias primaverales. Durante el día entero las hinchadas nubes derraman sus benéficos rocíos, y la tierra se enriquece de vida vegetal, hasta que en el cielo de Occidente, el sol, ya bajo, surge esplendoroso de entre la púrpura de nubes que acaba de rasgar. De pronto la rápida irradiación hiere la montaña iluminada, corre al través del bosque, reverbera en las ondas, y, en una niebla amarillenta que humea á los lejos sobre la interminable llanura, enciende chispas sin número en las gotas de rocío». Hay énfasis ahí, pero ha y opulencia. Existe en ese aire y en esa vegetación, en esa imaginación y en ese estilo, una acumulación y como un empate de tintas desleídas ó brillantes; son aquí el ropaje resplandeciente de la naturaleza y del arte. Hay que verle en Rubens: es el pintor y el poeta del clima pingüe y húmedo; pero se descubre también en los demás; y en esa magnificencia de Thompson, en ese colorido recargado y grandioso, se ve algunas veces la rica paleta de Rubens.

VI

Todo eso encaja bastante mal en el dorado clásico. Sus imitaciones visibles de Virgilio, sus episodios interpelados como un pegote, sus invocaciones á la Primavera, á la Musa, á la Filosofía, todos los recuerdos y los convencionalismos de colegio desentonan. Pero el contraste resalta mucho más en otro punto. La vida de salón, enteramente artificial, tal y como la había puesto de moda Luis XIV, empezaba á cansar en Europa. Se la tachaba de seca y vacía; la gente se fati-

gaba de estar siempre representando, de sufrir la etiqueta. Se comprendía que la galantería no es el amor, ni los madrigales la poesía, ni la diversión la felicidad. Se comprendía que el hombre no es una muñeca elegante, que un petimetre no es la obra maestra de la naturaleza, y que hay un mundo fuera de los salones. Un plebeyo ginebrino, protestante y solitario, á quien su religión, su educación, su pobreza y su genio habían llevado más de prisa y más lejos que á los otros, vino á decir al público el secreto en alta voz, y se juzgó que había descubierto ó vuelto á hallar el campo, la conciencia, la religión, los derechos del hombre y los sentimientos naturales. Entonces apareció un nuevo personaje, ídolo y modelo de su tiempo, *el hombre sensible*, que, por su carácter serio y por su amor á la naturaleza, formaba contraste con el hombre de corte. Sin duda ese personaje se resiente de los lugares que ha frecuentado. Es refinado y empalagoso; se enternece á la vista de los corderillos que pastan la naciente hierba, y bendice á los pajaritos que celebran su felicidad con sus conciertos. Es enfático y redicho, compone largas parrafadas sobre el sentimiento, fulmina invectivas contra el siglo, apostrofa á la Virtud, á la Razón, á la Verdad y á las divinidades abstractas que se graba en las portadas. A despecho de sí mismo, sigue siendo hombre de salón y de academia; después de haber dicho ternezas á las damas, se las dice á la naturaleza y declama en períodos limados acerca de Dios. Pero, en fin, por él empieza la rebelión contra los hábitos clásicos; y, en este concepto, es más precoz en Inglaterra, país germánico, que en Francia, país latino. Treinta años antes de Rousseau, Thompson había expresado todos los sentimientos de Rousseau casi en el mismo estilo. Como él, pintaba el